

El Papa y el Cristo que viene

El Papa responde a un comentario del periodista que le hace la entrevista en el último libro "Luz del Mundo", sobre la percepción catastrofista que muchos hombres y mujeres tienen sobre el futuro del mundo. El periodista enumera problemas como el ecológico, la desigualdad, la crisis económica, la falta de valores, el desencuentro entre culturas, y define la nueva época como una "crisis global". Y dice: "con la vista puesta en el fin de los recursos, el fin de una vieja época, e fin de una determinada forma de vida, tomamos conciencia de la finitud de las cosas en sí mismas. Muchos creen que el mundo se encamina hacia una nueva dirección y que hay una sociedad enferma, en la que aumentan sobre todo los problemas psíquicos, que anhela sanación y salvación.

Responde el Papa.

Como usted dice, lo importante es que existe una necesidad de sanación y que, de alguna manera, se puede entender de nuevo lo que significa salvación. Los hombres reconocen que, si Dios está ausente, la existencia enferma y el hombre no puede subsistir; que necesita una respuesta que él mismo no es capaz de dar. En tal sentido, éste es un tiempo de adviento que ofrece también muchas cosas buenas.

Por ejemplo, la gran comunicación con la que contamos hoy en día puede llevar, por un lado, a una despersonalización total. En este caso no se está más que inmerso en el mar de la comunicación pero no se produce ya el encuentro alguno con personas. Por el otro lado, sin embargo, esta comunicación puede constituir también una oportunidad: por ejemplo, de que nos percibamos mutuamente, de que nos encontremos, no ayudemos, de que salgamos de nosotros mismos.

De este modo, me parece importante no ver sólo lo negativo. Debemos percibir, sí, con toda agudeza lo negativo, pero también tenemos que ver todas las oportunidades de bien.

En última instancia, para anunciar después la necesidad del cambio, que no puede producirse sin una conversión interior.

Esta conversión supone que se coloque nuevamente a Dios en primer término. Entonces todo cambia. Y que se pregunte por las palabras de Dios para dejar que ellas iluminen, como realidades, el interior de la propia vida. Por así decirlo, debemos arriesgarnos nuevamente a hacer el experimento con Dios a fin de dejarlo actuar en nuestra sociedad.

Nuestra mirada se dirige hacia el Cristo que viene. Es decir que el que ha venido es mucho más aún el que está por venir, y que, en esa perspectiva, vivimos la fe e orientación hacia el futuro. Eso implica que estemos realmente en condiciones de exponer de vuelta el mensaje de la fe desde la perspectiva del Cristo que viene.

A menudo, esa condición de Cristo que viene se ha proclamado en fórmulas que, si bien son verdaderas, al mismo tiempo han envejecido. Ya no le hablan a nuestra constelación de vida y, a menudo, han dejado de ser comprensibles para nosotros. O bien ese Cristo que viene sufre un vaciamiento y es falseado en el sentido de un tópico moral general del que no proviene nada y que no significa nada.

Por tanto, debemos procurar decir realmente la sustancia en cuanto tal, pero decirla de forma nueva. El proceso interior de traducción de las grandes palabras a la imagen verbal y conceptual de nuestro tiempo está avanzando, pero aún no se ha logrado realmente. Y esto sólo puede conseguirse si los hombres viven el cristianismo desde Aquel que vendrá. Sólo entonces podrán también expresarlo en palabras. La afirmación, la traducción intelectual, presupone la traducción existencial. En tal sentido son los santos los que viven el ser cristiano en el presente y en el futuro, y a partir de su existencia el Cristo que viene puede también traducirse de modo de hacerse presente en el horizonte de comprensión del mundo secular. Ésta es la gran tarea frente a la cual nos encontramos.

[Benedicto XVI en *Luz del mundo*, Herder, 2010, págs., 73-75]